

1

## Anarquía

J. Edgar Hoover fue a la guerra a la edad de veintidós años, la mañana del jueves 26 de julio de 1917. Salió del hogar de su niñez, en Washington, y partió hacia su nueva vida en el Departamento de Justicia, a servir como soldado de infantería en un ejército de agentes de la ley destinado a combatir a espías, saboteadores, comunistas y anarquistas en Estados Unidos.

El país había entrado en la Primera Guerra Mundial en abril. Desembarcaban en Francia las primeras oleadas de tropas estadounidenses, en absoluto preparadas para los horrores que les aguardaban. En el frente interno, los norteamericanos se sentían atenazados por el temor a sabotajes por parte de agentes secretos alemanes. El país llevaba un año en alerta máxima desde que se produjera un ataque enemigo a un enorme depósito de municiones destinadas al frente. La explosión de la isla de Black Tom, en el extremo occidental del puerto de Nueva York, había hecho estallar dos mil toneladas de explosivos en la oscuridad de una noche de mediados de verano. Siete personas murieron en el acto. En Manhattan se rompieron miles de ventanas a causa de la onda expansiva. La Estatua de la Libertad quedó marcada por la metralla.

Hoover trabajaba en la División de Emergencia Bélica del Departamento de Justicia con el cometido de impedir el siguiente ataque sorpresa. Mostraba un espíritu marcial y cierta habilidad para condicionar el pensamiento de sus superiores. Mereció los elogios del jefe de la división, John Lord O'Brian. «Trabajaba los domingos y por las noches, como yo —contaba O'Brian—. Le ascendí varias veces, simplemente por sus méritos.»<sup>1</sup>

Hoover ascendió rápidamente a la jefatura de la Oficina de Enemigos Extranjeros de la división, que era la responsable de identificar y

encarcelar a los extranjeros políticamente sospechosos que vivían en Estados Unidos. A los veintitrés años de edad, Hoover supervisaba a 6.200 alemanes que estaban internados en campos y a otros 450.000 que se hallaban bajo la vigilancia del gobierno. A los veinticuatro se le puso al mando de la recién creada División Radical del Departamento de Justicia, controlando las mayores operaciones de lucha antiterrorista de la historia de Estados Unidos y capturando en sus redadas a miles de presuntos radicales en todo el país. No tenía armas de fuego ni municiones: su arma era la inteligencia secreta.

Hoover pasó toda su vida en Washington, donde había nacido el día de Año Nuevo de 1895, siendo el pequeño de cuatro hermanos. Era hijo y nieto de funcionarios públicos. Su padre, Dickerson, se vio aquejado por la depresión; su profunda melancolía le costó su puesto como cartógrafo del gobierno y probablemente precipitó su muerte. Su madre, Annie, le adoraba, aunque al mismo tiempo se mostraba severa con él. Hoover vivió en casa con ella durante los cuarenta y tres primeros años de su vida, hasta el día en que murió. Les dijo a varios de sus más estrechos colaboradores que permanecía soltero porque temía que una mujer inadecuada fuera su ruina: un mal matrimonio le destruiría. La sobrina de Hoover, Margaret Fennell, creció a su lado, y se mantendría en contacto con él durante seis décadas. Le conoció mejor que nadie. «A veces he pensado que él realmente, no sé cómo decirlo, tenía miedo a involucrarse demasiado personalmente con la gente», reflexionaba. Si alguna vez expresó amor más allá de su devoción a Dios y a la patria, no hubo testigos de ello. Se mostraba sentimental con los perros, pero insensible con las personas. Su vida interior era un misterio incluso para su familia más cercana y sus escasos amigos íntimos.<sup>2</sup>

Hoover aprendió a marchar en formación militar y a hacer una argumentación formal. El equipo de instrucción y el equipo de debate del Instituto Central fueron los focos de interés de su juventud. El grupo de debate de su instituto era el mejor de la ciudad, y Hoover se convirtió en una de sus estrellas; el periódico del centro elogiaba su espíritu competitivo y su «genial lógica implacable». Tras una emocionante victoria sobre otro equipo escolar, declaró al periódico que aquel debate le había dado «un ejemplo práctico y beneficioso de la vida, que no es ni más ni menos que el enfrentamiento del ingenio de un hombre contra el de otro».<sup>3</sup>

En cuanto obtuvo su diploma de secundaria Hoover pasó a trabajar para el gobierno estadounidense, cuyos monumentos le rodeaban. Su casa, de dos plantas, estaba a seis manzanas al sudoeste de la colina del Capitolio. En la cresta de la colina se alzaba el Senado y la Cámara de Representantes con sus lámparas de araña, el colosal templo del Tribunal Supremo, y la Biblioteca del Congreso, con sus techos abovedados y sus vidrieras. Hoover recitaba diligentemente sus oraciones los domingos en la iglesia presbiteriana, pero la Biblioteca del Congreso fue la catedral laica de su juventud. La biblioteca conservaba un ejemplar de todos los libros publicados en Estados Unidos. El silencio reverente de su sala de lectura central transmitía la sensación de que todo el conocimiento estaba al alcance de la mano si uno sabía dónde buscar. La biblioteca contaba con su propio sistema de clasificación, y Hoover aprendió sus complejidades como catalogador, ganando dinero para pagarse la universidad archivando y recuperando información. Durante el día trabajaba en la biblioteca, mientras que en las primeras horas de la noche y las mañanas de verano estudiaba en la Universidad George Washington, donde se licenció en Derecho en junio de 1917. Luego se inscribió para el servicio militar, pero se incorporó al Departamento de Justicia a fin de luchar en el frente interno.

#### «LAS MÁS GRAVES AMENAZAS»

El 6 de abril de 1917, el día en que Estados Unidos entró en la Primera Guerra Mundial, el presidente Woodrow W. Wilson firmó órdenes ejecutivas otorgando al Departamento de Justicia el poder de ordenar la detención y el encarcelamiento, sin juicio, de cualquier extranjero considerado desleal. Le dijo al pueblo estadounidense que Alemania había «llenado nuestras confiadas comunidades y hasta nuestras oficinas gubernamentales de espías, y tramado intrigas criminales por todas partes». <sup>4</sup> Las palabras presidenciales alimentaron el miedo en todo el país, y ese miedo supuso una pesada carga para el Departamento de Justicia. «Cuando declaramos la guerra —contaba O’Brian—, hubo personas que esperaron ver un auténtico reinado del terror en Estados Unidos.» <sup>5</sup>

O’Brian supervisaba a Hoover y sus colegas, que trabajaban día y noche en cuartos estrechos y llenos de humo en la División de Emer-

gencia Bélica y la Oficina de Enemigos Extranjeros, examinando minuciosamente informes fragmentarios sobre complots contra Estados Unidos. Eran como bomberos oyendo sonar incesantemente falsas alarmas. Estaban sometidos a una «inmensa presión», recordaba O'Brian, frente a las demandas de los políticos y de la opinión pública en favor de la «persecución indiscriminada» y la «represión sistemática» de los sospechosos tanto estadounidenses como extranjeros, a menudo «basándose en nada más que un rumor irresponsable». Antes de lo de Black Tom, «la gente de esta nación no tenía experiencia de actividades subversivas —comentaba—. Del mismo modo, tampoco el gobierno estaba preparado». <sup>6</sup> Después de la explosión de Black Tom llegaban a manos de las autoridades miles de informes sobre amenazas potenciales. Los líderes estadounidenses temían que el enemigo pudiera atacar en cualquier parte y en cualquier momento.

Los alemanes que concibieron lo de Black Tom habían estado activos desde el momento en que se inició la Primera Guerra Mundial en Europa, en el verano de 1914. Habían planeado infiltrarse en Washington y minar Wall Street; habían reclutado a nacionalistas irlandeses e indios para atacar objetivos estadounidenses, y habían utilizado México y Canadá como zonas seguras para preparar operaciones encubiertas contra Estados Unidos. Mientras Hoover todavía estudiaba derecho por las noches en la universidad, a comienzos de 1915, el agregado militar de Alemania en Estados Unidos, capitán Franz von Papen, había recibido órdenes secretas de Berlín: socavar la disposición estadounidense a combatir. Von Papen empezó a construir una maquinaria propagandística en Estados Unidos; los alemanes se hicieron secretamente con el control de un importante periódico neoyorquino, el *Evening Mail*; sus testaferros negociaron para tratar de comprar el *Washington Post* y el *Sun* de Nueva York. Chanchulleros políticos, periodistas corruptos y detectives deshonestos servían a la causa alemana. <sup>7</sup>

Pero cuando un submarino alemán torpedeó el barco de pasajeros británico *Lusitania* el 7 de mayo de 1915, matando a 1.119 personas, entre ellas 274 estadounidenses, el embajador alemán cablegrafió en tono pesimista a Berlín: «Podríamos admitir también abiertamente que nuestra propaganda aquí se ha desmoronado por completo». <sup>8</sup> Los estadounidenses se enfurecieron ante aquel ataque contra civiles, y el estatus político y diplomático de Alemania en Estados Unidos quedó gra-

vemente dañado. El presidente Wilson ordenó que se sometiera a vigilancia a todo el personal de la embajada alemana en el país. El secretario de Estado, Robert Lansing, envió agentes secretos a poner escuchas telefónicas a los diplomáticos alemanes. A finales de año, Von Papen y sus demás agregados fueron expulsados de Estados Unidos.

Cuando Hoover llegó al Departamento de Justicia, O'Brian acababa de juzgar y condenar a un espía alemán, el capitán Franz von Rintelen. El caso fue noticia de portada. Von Rintelen había llegado a Nueva York unas semanas antes del hundimiento del *Lusitania* con un falso pasaporte suizo. Siguiendo órdenes del alto mando alemán, había reclutado a marineros ociosos en los muelles de Nueva York, a nacionalistas irlandeses radicales, a un estafador de Wall Street y a un congresista borrachín de Chicago para realizar sus planes de sabotear la industria bélica estadounidense con una mezcla de fraudes comerciales y bombas incendiarias. Pero el capitán Von Rintelen había huido de Estados Unidos, temiendo, acertadamente, que se descubrieran sus planes secretos. Los agentes de la inteligencia británicos, que habían tenido acceso a los cables alemanes, lo detuvieron cuando desembarcó en Inglaterra, sometiéndole a un duro interrogatorio en la Torre de Londres, y entregándolo después al Departamento de Justicia estadounidense para ser acusado y juzgado.

«Estados Unidos nunca había presenciado nada parecido —declaró al Congreso el presidente Wilson tras la detención del capitán—. Hace muy poco, algo así habría parecido increíble. Precisamente porque era increíble no estábamos preparados para ello.»

Los terroristas y anarquistas representaban «las más graves amenazas contra nuestra paz y seguridad nacional —dijo el presidente—. Tales criaturas de la pasión, la deslealtad y la anarquía deben ser aplastadas. [...] La mano de nuestro poder debe cerrarse de inmediato sobre ellas».<sup>9</sup>

J. Edgar Hoover y el FBI se convertirían en los instrumentos de dicho poder.

## 2

### Revolución

«Creo en el poder», escribió el presidente Theodore Roosevelt en junio de 1908, en el momento en que decidió crear la fuerza que se convertiría en el FBI. Su presidencia poseía «más poder que ningún otro cargo equivalente de ninguna gran república o monarquía constitucional de los tiempos modernos —anotaba con orgullo—. He usado hasta la última pizca de poder que había». Catapultado a la presidencia por un asesino anarquista a comienzos del siglo xx, Roosevelt luchó por mantener la democracia, imponer el orden político y construir un Estado de derecho.<sup>1</sup>

Nacido en la revolución y consagrado a la libertad, Estados Unidos se había visto desgarrado por la guerra civil, reunificado y reconfigurado por las grandes migraciones de extranjeros que buscaban la libertad. A comienzos del siglo xx, los últimos territorios salvajes e incontrolados del oeste estaban a punto de convertirse en estados. Las fronteras de la exploración en montañas y desiertos se desvanecían. Unos 76 millones de personas vivían en Estados Unidos, más de la mitad de ellas en pequeñas ciudades y pueblos. Mientras el país luchaba por civilizar sus fronteras, grandes franjas de tierra permanecían al margen de la ley. Las funciones policiales eran ejercidas por marshals y sheriffs, que formaban cuadrillas armadas y se enfrentaban a la muerte a manos de «forajidos».

En las grandes ciudades, motores del dinero y el poder, la invención y la información, los barrios más pobres hormigueaban de inmigrantes en busca de la promesa de libertad y fortuna del Nuevo Mundo. Hacia 1900, la industria estadounidense y sus trabajadores se habían convertido en los mayores creadores de capital de la tierra, siendo responsables de casi una cuarta parte de la producción manufacturera global del planeta. En la medida en que Estados Unidos se convertía en un gigante, la in-

fluencia de su riqueza empresarial se hacía inmensa, y los capitanes de la industria trataban de mandar y controlar a los millones de obreros cuyo trabajo les había hecho ricos. En la medida en que el país se convertía en una fuerza global, cada nueva oleada de inmigrantes del Viejo Mundo alimentaba el temor a la subversión extranjera. Los revolucionarios importaban ideas peligrosas de Alemania, Italia y Rusia; sus panfletos y protestas clamaban contra el orden político y económico estadounidense. Las minas, fábricas y talleres de Estados Unidos estaban llenos de gente que antes había vivido bajo reyes y zares, y ahora soñaba con un mundo mejor. Los más radicales imaginaban la muerte del viejo orden y el triunfo de una utopía política donde gobernarían los parias de la tierra.

«Ha llegado el tiempo de las grandes revoluciones sociales —había escrito Roosevelt en 1895, el año en que se convirtió en jefe de policía de la ciudad de Nueva York, y el año en que nació J. Edgar Hoover—. Todos escudriñamos el futuro tratando de pronosticar la acción de las grandes fuerzas ciegas que ha puesto en marcha la extraordinaria revolución industrial producida durante el presente siglo. No sabemos qué hacer con el vasto desplazamiento de población, la expansión de las ciudades, el malestar y el descontento de las masas.»<sup>2</sup>

La anarquía era una de aquellas grandes fuerzas ciegas desencadenadas en el mundo. Los anarquistas aspiraban a destruir el poder; a derribar los pilares de la civilización occidental. Habían asesinado al presidente de Francia en 1894, al primer ministro de España en 1897, a la emperatriz de Austria en 1898, al rey de Italia en 1900, y a un presidente de Estados Unidos, William McKinley, en 1901. El asesinato de McKinley convirtió a Theodore Roosevelt en presidente a la edad de cuarenta y dos años, el más joven de la historia estadounidense.

En su primer gran discurso al Congreso, en diciembre de 1901, Roosevelt declaró que «la anarquía es un crimen contra toda la raza humana». Y pidió nuevas leyes para impedir que en Estados Unidos vieran revolucionarios y subversivos.<sup>3</sup>

«HABRÍA QUE MARCAR A TODA ESA GENTE»

El presidente Roosevelt había probado el poder imperial, y le había gustado. Actuó por su cuenta cuando excavó un gran canal en la jungla

de Panamá; actuó por su cuenta cuando decidió enviar a la marina estadounidense a una demostración de fuerza global. Sabía que los extranjeros podían contraatacar cuando Estados Unidos proyectara su poder en todo el mundo. Pero en los primeros años de su presidencia Roosevelt no tuvo un verdadero poder para combatir los crímenes contra Estados Unidos. Su Departamento de Justicia apenas empezaba a aprender a mantener el imperio de la ley.

Creado en 1870, cinco años después del final de la guerra de Secesión, el Departamento de Justicia y, por ende, su jefe, el fiscal general, tenían el cometido de imponer el orden en una nación desgarrada. El fiscal general y sus abogados se habían establecido a una manzana de la Casa Blanca, en los tres pisos superiores del edificio del Freedman's Savings Bank —un lugar que apestaba a causa del hedor de las alcantarillas que discurrían por debajo—, y allí permanecieron durante todo el resto del siglo XIX. El Congreso les otorgó autoridad para detectar y perseguir los crímenes contra Estados Unidos, junto con la magnífica suma de 50.000 dólares anuales para tan alto propósito, pero se olvidó de crear un ordenamiento legal federal que regulara el modo en que se había de servir a la justicia.

Cuatro presidentes del siglo XIX habían convertido la fuerza policial privada más poderosa del país, la Agencia Nacional de Detectives Pinkerton, en un organismo de las fuerzas del orden, una fuente de inteligencia secreta y una herramienta del combate político. «Siempre he sido contrario a designar y pagar a detectives», escribía el fiscal general Benjamin Brewster en 1884. Sin embargo, lo hizo.<sup>4</sup> El fundador de la agencia, Allan Pinkerton, había dirigido misiones de espionaje durante la guerra de Secesión y había ayudado a Abraham Lincoln a crear el Servicio Secreto. Sus detectives sirvieron a los magnates del ferrocarril y del acero espionando, rompiendo huelgas y fracturando cráneos para derrotar a los líderes sindicales; y pagaron a informadores secretos cuyas identidades se protegían con nombres clave. No se amilanaban a la hora de violar la ley para imponerla, o de usar la violencia en nombre del orden. En 1892, el Congreso prohibió al gobierno contratar los servicios de la agencia después de un enfrentamiento en la Carnegie Steel Company de Homestead, Pensilvania, que causó la muerte a tres hombres de Pinkerton y cinco trabajadores. La Casa Blanca se vio despojada del talento, la astucia y la fuerza de los detectives privados.

Tras el asesinato de McKinley, un hombre de Pinkerton propuso crear una nueva agencia gubernamental dedicada a erradicar a los radicales de Estados Unidos. «Habría que marcar a toda esa gente y someterla a una vigilancia constante», escribía Robert A. Pinkerton.<sup>5</sup> En 1903, al amparo de nuevas leyes que prohibían a los anarquistas vivir en Estados Unidos, los departamentos de Justicia y Trabajo empezaron a mantener archivos secretos sobre radicales extranjeros.

El republicano Roosevelt quería luchar también contra los plutócratas además de los anarquistas. Su saqueo del petróleo, el carbón, los minerales y la madera de las tierras federales le horrorizaba especialmente dado su papel de fundador de los parques nacionales de Estados Unidos. Aquellos delincuentes corporativos, que explotaban la propiedad pública en su propio beneficio privado, sobornaban a los políticos para proteger sus negocios sucios con tierras. Utilizando facturas de miles de dólares como armas, saqueaban millones de hectáreas de las últimas fronteras del territorio estadounidense.

En 1905, una investigación federal, realizada en parte por un insidioso agente del Servicio Secreto llamado William J. Burns, había llevado al procesamiento y la condena del senador John H. Mitchell y el congresista John H. Williamson de Oregón, ambos republicanos, por su papel en el saqueo de los grandes bosques de la cordillera de las Cascadas. Un editorial de un periódico de Oregón afirmaba, correctamente, que Burns y sus investigadores del gobierno habían empleado «los métodos de los espías rusos y los detectives». El senador murió mientras su caso era objeto de apelación; y la condena del congresista fue anulada por el Tribunal Supremo aduciendo que había habido «conducta abusiva», incluido el descarado intento de manipulación del jurado y los testigos por parte de Burns. Este dejó el Servicio Secreto y se convirtió en un famoso detective privado; su habilidad a la hora de poner escuchas telefónicas y micrófonos ocultos en habitaciones de hotel acabarían valiéndole un empleo como jefe de J. Edgar Hoover en el FBI.<sup>6</sup>

La destrucción de tierras vírgenes por estafadores y especuladores siguió sin disminuir. El presidente estaba furioso.

«Roosevelt, a su manera característicamente dinámica, afirmó que los saqueadores de los dominios públicos serían perseguidos y llevados ante la justicia», reza un memorando de 1943 dirigido a Hoover y redactado por el agente especial del FBI Louis Findlay, que se había in-

corporado a la Oficina en 1911. El memorando constituye un registro único del nacimiento del FBI, cuyos orígenes, no sin razón, fueron ocultados por sus fundadores.<sup>7</sup>

«Roosevelt llamó al fiscal general Charles J. Bonaparte a la Casa Blanca y le dijo que deseaba que los fraudes de tierras se persiguieran enérgicamente, y le mandó que consiguiera el personal de investigación necesario.» Bonaparte era un raro estadounidense de sangre azul, sobrino nieto del emperador Napoleón I de Francia y nieto del rey de Westfalia. Había sido íntimo amigo y asesor de Roosevelt durante años. Los dos hombres eran aristócratas además de progresistas, reformadores y moralistas; ambos respaldaban el uso juicioso de la fuerza en nombre de la ley. Roosevelt era favorable a dar a probar la porra a los huelguistas; Bonaparte creía que la violencia de los grupos parapoliciales podía servir para defender el orden social.

«Bonaparte se dirigió al Servicio Secreto de Estados Unidos en busca de personal entrenado para realizar las investigaciones apropiadas y necesarias, y se le asignó toda una fuerza de hombres» para erradicar los desenfadados fraudes de tierras, según relataba Findlay. Pero el presidente estaba insatisfecho. «Le dijo al señor Bonaparte en el más enfático lenguaje característico del presidente Roosevelt que el informe era una tapadera. Él quería hechos, todos los hechos y nada más que los hechos, y si había que tapar algo ya lo haría él mismo», declara el memorando.

«El presidente Roosevelt mandó a Bonaparte que creara un servicio de investigación dentro del Departamento de Justicia no sometido a ningún otro departamento u oficina, que no respondería ante nadie salvo el fiscal general.» La orden presidencial «se tradujo en la formación de la Oficina de Investigación».

Por ley, Bonaparte tenía que pedir a la Cámara de Representantes y al Senado que crearan la nueva oficina. «El Departamento de Justicia no tiene ninguna fuerza ejecutiva y, más concretamente, ninguna fuerza policial permanente bajo su control inmediato», escribió Bonaparte al Congreso; así pues, era evidente que no estaba «plenamente equipado para su trabajo».<sup>8</sup> De modo que él solicitaba oficialmente el dinero y la autoridad necesarios para crear «una pequeña fuerza cuidadosamente seleccionada y experimentada».

El 27 de mayo de 1908, la Cámara de Representantes le respondió con un «no» rotundo. Temía que el presidente tuviera la intención de

crear una policía secreta en versión estadounidense. Y era un temor bien fundado, dado que en el pasado los presidentes habían empleado a detectives privados como espías políticos.

«Las ideas estadounidenses sobre el gobierno» prohibían «espíar a los hombres e indagar en lo que generalmente se consideraban sus asuntos privados», declaró el congresista demócrata Joseph Swagar Sherley, de Kentucky. Por su parte, el republicano Walter I. Smith, de Iowa, que más tarde sería juez del tribunal federal de apelación, se opuso firmemente a la creación de un «sistema de espionaje» en Estados Unidos. El demócrata John J. Fitzgerald, de Nueva York, advirtió contra la existencia de «una policía central o sistema de espionaje en el gobierno federal». El congresista republicano George E. Waldo, también de Nueva York, dijo que sería «un gran golpe para la libertad y las instituciones libres que surgiera en este país tal clase de gran oficina central del servicio secreto como existe en Rusia».<sup>9</sup>

El Congreso prohibió al Departamento de Justicia que gastara un solo centavo en la propuesta de Bonaparte. Sin embargo, el fiscal general soslayó la orden. Puede que su maniobra quebrantara la letra de la ley, pero era fiel al espíritu del presidente.

Theodore Roosevelt estaba «dispuesto a arrojar la Constitución al patio trasero siempre que se interpusiera en su camino», como observara Mark Twain. Los comienzos del FBI surgieron de aquel audaz desafío.<sup>10</sup>

#### «EL FISCAL GENERAL SABE, O DEBERÍA SABER»

Bonaparte esperó a que terminaran las sesiones del Congreso a finales de junio. Entonces rebuscó en el fondo de gastos del Departamento de Justicia para contratar a ocho agentes veteranos del Servicio Secreto como investigadores permanentes a jornada completa. El 26 de julio de 1908, Bonaparte firmó una orden oficial estableciendo una nueva división de investigación con una fuerza de «agentes especiales» integrada por treinta y cuatro hombres. Tendría que pedir, tomar prestado o robar el dinero y los hombres que el presidente quería. Asimismo, designó a un tal Stanley W. Finch —un pasante no cualificado para ejercer la abogacía en Washington— como el primer jefe de la Oficina de Investigación.<sup>11</sup>

«Las dificultades encontradas para reclutar una fuerza policial fiable y eficiente son serias», advirtió en privado Bonaparte al presidente. Dicha fuerza había de tener «cierto conocimiento de las guaridas y los hábitos de los criminales, y sus miembros están obligados con frecuencia a asociarse y a emplear en su trabajo a personas de valores morales sumamente bajos». Los detectives se veían «a menudo tentados de crear las pruebas deseadas», decía Bonaparte. El fiscal general había de ser el hombre a quien «en justicia habría que pedir cuentas» de su trabajo.<sup>12</sup>

El Congreso fue notificado de la creación de la Oficina de Investigación tras los hechos consumados, en diciembre de 1908, en unas pocas líneas del informe anual de Bonaparte sobre la tarea del Departamento de Justicia. «Se hizo necesario para el Departamento organizar su propia pequeña fuerza de agentes especiales —escribió—. Tal acción fue involuntaria por parte de este Departamento.» Eso ocultaba la verdad, ya que había sido el presidente quien había ordenado la creación de la Oficina.

Bonaparte juró personalmente al Congreso que la Oficina no sería una policía secreta. Estaría por encima de la política. El fiscal general, como máximo responsable de las fuerzas del orden de la nación, mandaría y controlaría a sus agentes. «El fiscal general sabe, o debería saber, lo que están haciendo en todo momento», prometió.<sup>13</sup>

La brecha entre «sabe» y «debería saber» se convertiría en un peligroso abismo cuando J. Edgar Hoover accediera al poder.